

LA INTELIGENCIA EMOCIONAL COMO PILAR EN LA FORMACION INTEGRAL DEL ESTUDIANTE EN LA EDUCACIÓN BÁSICA PRIMARIA

Esther Elisa AlbujaTriana¹

e-mail: nenafe1728@gmail.com

Orcid: <https://orcid.org/0009-0007-7473-7493>

Institución Educativa Club De Leone
Colombia

Lorena Mora Flechas²

e-mail: loremora80@hotmail.com

Orcid: <https://orcid.org/0009-0007-7473-7493>

Institución Educativa El Rodeo
Colombia

Esperanza Parra Guzmán³

Código Orcid: <https://orcid.org/0009-0006-2966-227X>

e-mail: esperanzapg_11@hotmail.com

Instituto Técnico Buena Esperanza
Colombia

Recibido: 03/11/2025

Aprobado: 14/11/2025

RESUMEN

La inteligencia emocional ha pasado a ser un componente esencial para entender el desarrollo completo de los alumnos en la educación básica primaria, puesto que influye de manera directa en el proceso de aprendizaje, en las relaciones interpersonales y en el crecimiento personal. El objetivo central del ensayo es explicar la importancia de la inteligencia emocional como fundamento en la formación integral del estudiante de básica primaria. La metodología utilizada, paradigma interpretativo apoyado en un enfoque cualitativa, método hermenéutico y la técnica fundamental en la revisión de modelos teóricos significativos (Mayer y Salovey, 1997; Goleman, 2002; Bar-On, 2006) Además del análisis de estudios recientes que conectan la inteligencia emocional con el ámbito educativo. Este enfoque permitió reconocer aportes conceptuales y compararlos con las necesidades actuales del entorno escolar. El hallazgo más relevante señala que la inteligencia emocional no sólo mejora el desempeño académico, sino que fomenta la autorregulación, la empatía y la habilidad de los estudiantes para forjar relaciones positivas. Además, se subraya la importancia de la capacitación docente en

¹Docente de Aula, Colombia. Licenciada en Educación Énfasis Humanidades. Universidad Francisco de Paula Santander. Magister en Gestión de la Tecnología Educativa. Universidad de Santander. (UDES), Colombia.

²Docente de Aula, Colombia. Licenciada en Educación con Énfasis en Matemáticas, Universidad Francisco de Paula Santander. Magister en Gestión de la Tecnología Educativa, Universidad de Santander. (UDES) Colombia.

³Docente de Aula. Colombia. Licenciatura en ciencias naturales con énfasis en educación ambiental. Universidad Francisco de Paula Santander. Magister en Educación Ambiente y Desarrollo. Universidad Pedagógica Experimental Libertador. (UPEL). Venezuela

competencias emocionales y de la participación de las familias para establecer un lenguaje emocional compartido. Se concluye que la inteligencia emocional debe considerarse como un pilar

clave en la educación primaria, capaz de generar aprendizajes significativos, enriquecer la convivencia en el entorno escolar y ayudar en la formación de ciudadanos empáticos, resilientes y responsables.

PALABRAS CLAVE: Educación básica primaria, habilidades socioemocionales, inteligencia emocional, práctica pedagógica.

EMOTIONAL INTELLIGENCE AS A PILLAR IN THE COMPREHENSIVE TRAINING OF THE STUDENT IN PRIMARY BASIC EDUCATION

ABSTRACT

Emotional intelligence has become an essential component for understanding the comprehensive development of students in primary education, as it directly influences the learning process, interpersonal relationships, and personal growth. The central objective of this essay is to explain the importance of emotional intelligence as a foundation for the comprehensive development of primary school students. The methodology used is an interpretive paradigm supported by a qualitative approach, a documentary-analytical method, and the fundamental technique of reviewing significant theoretical models (Mayer and Salovey, 1997; Goleman, 2002; Bar-On, 2006). This approach also analyzes recent studies that connect emotional intelligence with the educational field. This approach allowed us to recognize conceptual contributions and compare them with the current needs of the school environment. The most relevant finding indicates that emotional intelligence not only improves academic performance but also fosters self-regulation, empathy, and the ability of students to forge positive relationships. Furthermore, the importance of teacher training in emotional competencies and the participation of families in establishing a shared emotional language is emphasized. The conclusion is that emotional intelligence should be considered a key pillar of primary education, capable of generating meaningful learning, enriching coexistence in the school environment, and helping to develop empathetic, resilient, and responsible citizens.

Keywords: Primary education, socio-emotional skills, emotional intelligence, pedagogical practice.

Introducción

En la escuela primaria de hoy se hace evidente que el rendimiento académico no sólo está relacionado al desarrollo intelectual, sino también a su habilidad para gestionar sus emociones y relacionarse afectivamente unos con otros. La inteligencia emocional es una capacidad esencial en el entorno educativo, puesto que permite a los estudiantes enfrentar situaciones estresantes o conflictivas con mayor resistencia interna, disminuyendo conductas impulsivas y fomentando un clima de respeto mutuo. Asimismo, el desarrollo de la empatía fortalece los vínculos entre las personas, promueve la cooperación y fomenta soluciones pacíficas a los problemas, es decir, los alumnos que aprenden a gestionar sus emociones desde una edad temprana adquieren herramientas para tomar decisiones responsables y actuar con mayor conciencia hacia la sociedad. De esta manera, la escuela se convierte no sólo en un espacio para la transmisión de conocimientos académicos sino también para el crecimiento emocional.

En este orden de ideas, el artículo tiene como objetivo explicar la importancia de la inteligencia emocional como fundamento en la formación integral del estudiante de básica primaria destacando las teorías que la respaldan y ofreciendo sugerencias para promover su desarrollo en el salón de clases. Se busca evidenciar cómo las emociones inciden directamente en el proceso de aprendizaje y en la convivencia escolar, así como en la construcción de la identidad personal. A corto plazo, la generalización sistemática de la inteligencia emocional en las aulas permitiría que los alumnos desarrollen un mayor autocontrol, empatía y habilidades interpersonales, lo que se traduciría en ambientes escolares más armoniosos y en un aprendizaje más enriquecedor. A mediano plazo, esta preparación cimentaría en los estudiantes de competencias socioemocionales que impactarían en la toma de decisiones responsables, en la

previsión de conductas arriesgadas en la construcción de un proyecto vital sólido y acorde con sus valores.

Por consiguiente, si no se promueve la educación emocional desde una edad temprana, los alumnos podrían enfrentar dificultades manejando el estrés, la frustración y los conflictos interpersonales lo que probablemente derivaría en ambientes escolares tensos, baja motivación académica y un aumento en conductas disruptivas. A nivel personal, la falta de desarrollo emocional podría obstruir la construcción de una identidad segura y equilibrada generando inseguridad, dependencia y dificultades para resolver problemas de forma autónoma. Como consecuencia se formarían individuos sin competencias socioemocionales sólidas, lo que impactaría negativamente tanto su trayectoria escolar como su vida adulta.

El fundamento conceptual de este artículo se basó en las teorías de la inteligencia emocional propuestas por Mayer y Salovey (1997), Goleman (2002) y Bar-On (2006). Mayer y Salovey (1997), La definen como la capacidad de identificar, entender y manejar las emociones, lo que implica un proceso mental que facilita la integración de la emoción en el razonamiento y en la acción. Por otro lado, Goleman (2002) está con un enfoque más práctico y aplicable, donde la inteligencia emocional se manifiesta a través de habilidades socioemocionales como la empatía, la autorregulación y las habilidades interpersonales, que están profundamente relacionadas con el éxito en el ámbito educativo, profesional y social. En contraposición, Bar-On (2006) propone un modelo más centrado en la psicometría, donde la inteligencia emocional sabe cómo un conjunto de competencias y habilidades que afectan de forma directa a la adaptación y el bienestar. De esta manera, estas perspectivas enriquecen el marco conceptual del ensayo, evidenciando que la inteligencia emocional es tanto un proceso interno como una habilidad social y el reflejo de la calidad educativa.

Desarrollo Temático Proposición

En el ámbito educativo, las emociones con frecuencia desempeñan un papel discreto, aunque trascendental en los procesos de adquisición de conocimientos y convivencia; por este motivo, la inteligencia emocional debe ir más allá de considerarse un aspecto suplementario, sino convertirse en un eje transversal en el plan de estudios, la gestión institucional y la vida comunitaria. Admitir esta perspectiva implica reconocer que la preparación académica no puede desligarse del desarrollo, puesto que, ambos se complementan y potencian mutuamente. De esta manera, la escuela no sólo se convierte en un espacio para la transmisión de saberes, sino también en un escenario privilegiado para la construcción de identidad emocional. En este orden de ideas, la educación básica está llamada a garantizar experiencia formativa que integren contenidos, metodologías y evaluación con un enfoque emocional explícito, es decir, supone reorientar el proceso de enseñanza donde la inteligencia emocional se erige como un impensable para la formación integral.

La educación emocional requiere una responsabilidad compartida entre todos los actores educativos, es decir, como facilitadores del aprendizaje los docentes deben moldear conductas positivas y orientar procesos de autorregulación afectiva en el aula. Por otro lado, las instituciones educativas deben incorporar la inteligencia emocional en su plan de estudios, políticas de convivencia y capacitación permanente de los profesores. También las familias juegan un rol fundamental, tienen el compromiso de cimentar en lenguaje emocional que se promueva en el hogar y la comunidad. Esta corresponsabilidad cobra mayor relevancia en el contexto como Colombia, donde los retos sociales y conflictos culturales exigen una educación que forme ciudadanos conscientes, resilientes y comprometidos con la transformación social, de esta manera, la educación emocional deja de ser labor de solo un actor educativo para elegirse en un proyecto colectivo de la sociedad.

Desde el punto de vista teórico, la presente propuesta se fundamenta en los principales modelos que explican la inteligencia emocional. La dimensión cognitiva a través de las cuatro dimensiones clave: la percepción, la facilitación, la comprensión y la regulación de las emociones (Mayer y Salovey, 1997 p.27). Las competencias aplicadas como: el autoconocimiento, la autorregulación, la conciencia social y la gestión de las relaciones (Goleman, 2002 p.21). Las cuales son fundamentales en el ámbito educativo y laboral las competencias socioemocionales no cognitivas, entre las cuales sobresalen la adaptabilidad, la resiliencia y la responsabilidad social (Bar-On, 2006). Integrar estas perspectivas permite concebir la inteligencia emocional no sólo como un proceso interno, sino también como una práctica social e indicador de calidad educativa. De esta manera, el marco conceptual ofrece una base sólida para explicar la importancia de la inteligencia emocional como fundamento en la formación integral del estudiante de básica primaria.

La implementación sistemática, de la inteligencia emocional en las aulas podría proyectarse de manera paulatina, a corto plazo, su enseñanza constante mejoraría el ambiente escolar mediante una reducción de conflictos y un aprendizaje basado en la cooperación. Mientras que, a largo plazo, permitiría cimentar habilidades socioemocionales duraderas que se reflejen en decisiones responsables, resistencia ante contratiempos imprevistos y la elaboración de proyectos de vida acorde a valores personales y colectivos. Sin embargo, seguir considerándola como una dimensión externa los estudiantes serían más proclives a la frustración, el desinterés en las áreas de formación y conflictos estudiantiles complejos de resolver. Adicionalmente, esto conduciría a trayectorias educativas inestables y una adolescencia con carencias emocionales capaces de limitar la participación ciudadana. Por tanto, la inteligencia emocional no es una opción secundaria, sino una inversión requerida para garantizar una formación integral que forje individuos hábiles para transformar en positivo su contexto.

Argumentos

A lo largo de la historia el estudio de la inteligencia emocional, se pueden distinguir diferentes etapas trascendentales. La primera de estas etapas ocurrió desde principios del siglo XX hasta la década de los 70 y se caracterizó por una Concepción inacabada de la inteligencia y las emociones. Durante este período prevaleció un enfoque psicométrico de la inteligencia humana, que reducía su alcance a la mediación del coeficiente intelectual (CI), privilegiando el razonamiento lógico, la memoria y la capacidad de resolver problemas abstractos a través de pruebas estandarizadas (Bracamontes et al., 2024, p.3). En este contexto, las emociones eran vistas como elementos secundarios lo que generaba una visión fragmentada del ser humano. Por ello, la escuela conductista reforzó esta perspectiva al centrarse en la observación del comportamiento y no en los procesos internos, relegando la vida emocional a un plano invisible o poco relevante para la explicación científica. Esta primera etapa, aunque limitada sentó las bases para cuestionar la visión reduccionista de la inteligencia y abrir el camino hacia modelos más amplios en las décadas posteriores.

La segunda etapa va desde los años 70 hasta los primeros años 90, aquí se presenció el nacimiento de las primeras ideas sobre inteligencia emocional, en medio de la influencia del paradigma cognitivo y el procesamiento de la información. Durante este tiempo el interés de la psicología cambió de estudiar comportamientos simples a entender procesos mentales internos, lo que dejó el campo abierto para incluir afecto dentro de lo cognitivo también. Autores destacados como Howard Gardner, con su teoría de las inteligencias múltiples (1983), defendió que la inteligencia no podía ser limitada al uso lógico-matemático o lingüístico. Sostenía que debía incluir también dimensiones interpersonales e intrapersonales directamente relacionadas con la capacidad para entender y manejar las emociones y las de los demás. Otro autor que se

destacó fue Robert Sternberg con la teoría de la inteligencia triádica (1985, p.4) presentaba la idea de que la inteligencia debía ser vista de manera más amplia que sólo como una capacidad analítica, es decir, estaba integrada por factores adaptativos que permitían a la persona establecer una interacción con el mundo. En este sentido, la segunda etapa puede ser considerada como un puente entre la psicometría clásica y los modelos modernos que sentaron la base que permitiría a los científicos psicométricos Construir futuros resultados de inteligencia emocional.

La tercera etapa, aunque breve, fue decisiva para la consolidación del concepto de inteligencia emocional; en 1997, Mayer y Salovey publicaron trabajos pioneros que definieron la inteligencia emocional como la habilidad para monitorear los propios sentimientos y emociones para guiar el pensamiento y la acción. Este enfoque significó un giro respecto a las concepciones tradicionales de la inteligencia, pues integró explícitamente la dimensión afectiva dentro de los procesos cognitivos; durante este periodo también se propuso un primer modelo teórico formado por tres dimensiones básicas: la percepción y valoración de las emociones, la regulación emocional y el uso adaptativo de la información emocional para resolver problemas (Machado, 2022, p.36). Aunque este modelo inicial fue posteriormente mejorado y ampliado, constituyó un hito al ofrecer un marco conceptual que reconoció el valor de las emociones en la vida académica, social y personal, allanando el camino para la difusión masiva de la inteligencia emocional en la década siguiente.

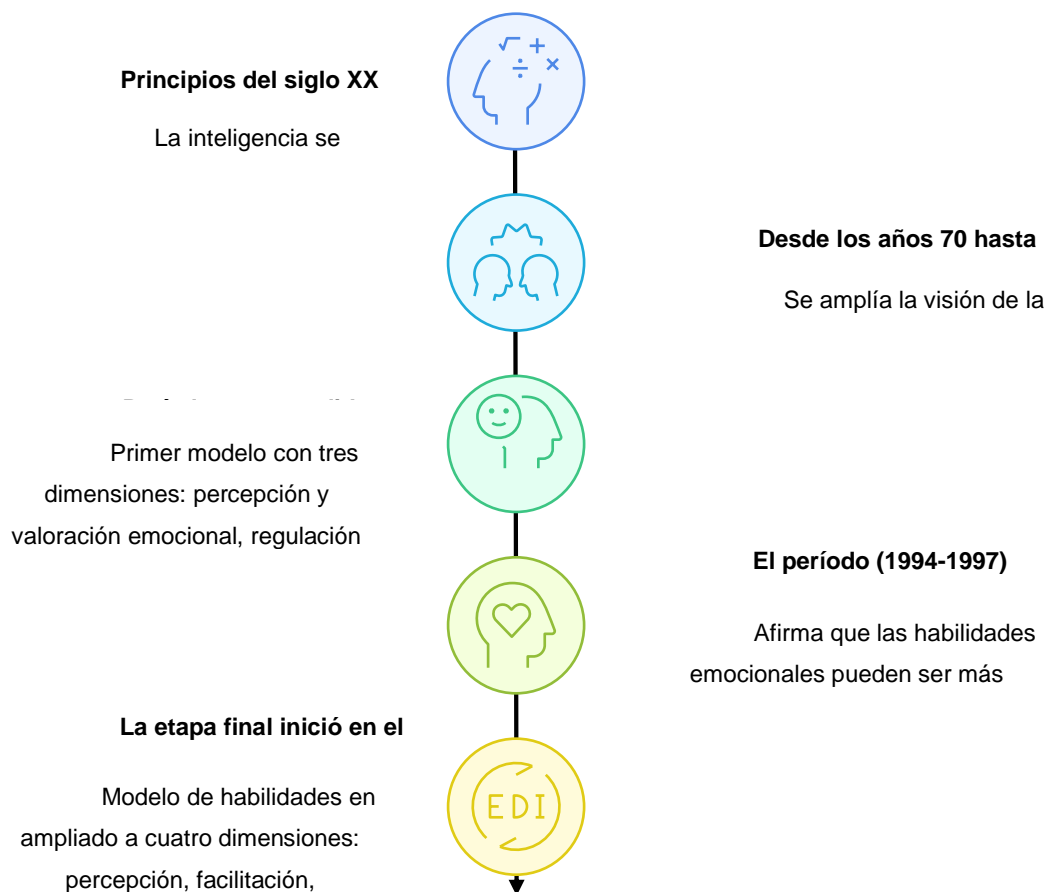
La cuarta etapa, desarrollada entre 1994 y 1997, señaló un momento decisivo en la propagación del concepto de inteligencia emocional, principalmente gracias a las importantes contribuciones de Daniel Goleman y la publicación de su influyente obra inteligencia emocional (1995, p.8). Este trabajo logró trasladar la noción de los círculos académicos al ámbito social y profesional, otorgándole una visibilidad sin precedentes. Goleman argumentó que las habilidades

emocionales como: la empatía, la motivación, la autorregulación y las capacidades sociales podrían tener un peso incluso mayor que el coeficiente intelectual para predecir el éxito en la vida personal, laboral y académica. Si bien sus afirmaciones generaron debates y críticas, también allanaron el camino para la aplicación práctica del concepto en campo como la educación, el liderazgo y la gestión organizacional. De este modo, la inteligencia emocional dejó de ser un tema exclusivo de la psicología para convertirse en un recurso de interés interdisciplinar.

La última etapa, que inició en el año 1998 y sigue en marcha se ha caracterizado por una consolidación del modelo de habilidades y por un impulso de investigaciones empíricas más rigurosas. Con respecto al modelo de Mayor y Salovey, este paso a incluir cuatro dimensiones clave: el reconocimiento y análisis de las emociones, aumentar la influencia emocional en el pensamiento, enseñar a niños a comprender emociones pretendidas, pero sinceramente necesarias y la reflexión sobre las emociones daban lugar a este nuevo modelo. A este perfeccionamiento teórico le siguió la elaboración de instrumentos de evaluación más complejos direccionados para proporcionar mediciones más sólidas de las habilidades socioemocionales. Adicionalmente, el número de estudios que se llevaron a cabo sobre la inteligencia emocional aumentó, mientras se relacionaba el concepto con variables como el rendimiento escolar, bienestar psicológico, salud mental, resiliencia y clima organizacional. En este sentido, la última etapa refleja un proceso de madurez científica que ha convertido la inteligencia emocional en un área de estudio legítima y esencial para la comprensión del desarrollo humano. En la imagen que sigue se sintetiza la información:

Figura 1

Evolución del concepto de inteligencia emocional



La importancia de la inteligencia emocional en la comprensión del crecimiento humano ha ganado relevancia destacada en entornos educativos donde las emociones desempeñan un papel crucial en el proceso de aprendizaje. esta forma de inteligencia implica la capacidad de reconocer y valorar emociones de forma precisa y expresiva para así facilitar el pensamiento y comprensión emocional (Mayer y Salovey, 1997, p.55). En este contexto, se transformaría en una herramienta de tipo cognoscitivo que brinda la oportunidad al individuo de interpretar su

entorno emocional y el de los demás, lo cual incide en sus elecciones personales y sociales, así como en sus lazos interpersonales. En el contexto escolar, específicamente en los estudiantes de básica primaria se traduce en una base sólida para fomentar no sólo el avance académico sino la creación de conexiones positivas y el fortalecimiento de una identidad emocionalmente equilibrada.

Uno de los principales comunicadores del concepto de inteligencia emocional donde precisa aspectos fundamentales como el autoconocimiento, la autorregulación, la empatía y la capacidad para gestionar relaciones interpersonales (Goleman, 2002, p.47), para el autor, estas habilidades son vitales en el entorno escolar puesto que ayudan al estudiante a sentirse motivado, enfrentar desafíos, resolver conflictos de manera positiva y mantener una disposición favorable hacia el proceso de aprendizaje. Por ende, fomentar estas habilidades desde temprana edad sienta los cimientos para un equilibrio emocional a lo largo de la vida. La competencia emocional se desarrollada y fortalecida a través de una práctica pedagógica consciente permite un aprendizaje más significativo.

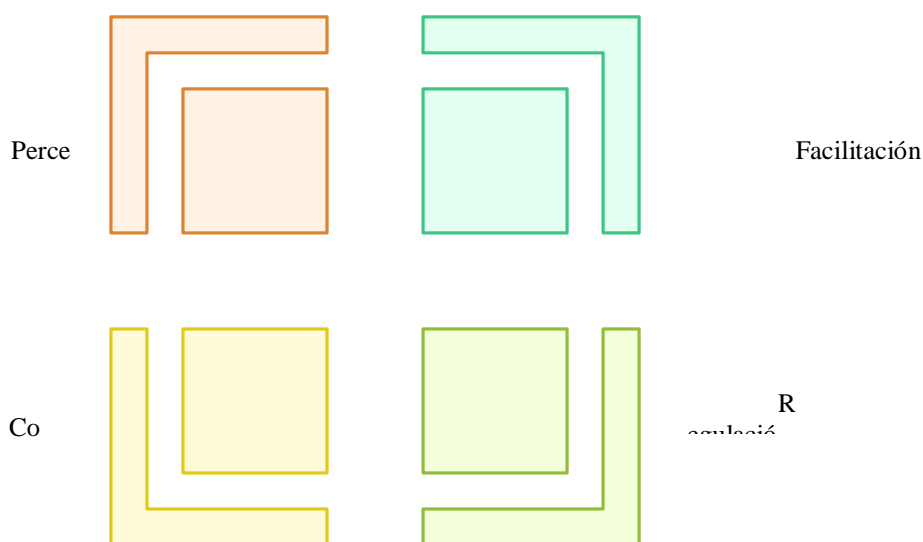
En este sentido, la inteligencia emocional abarca habilidades no cognitivas como la capacidad de manejar el estrés, la adaptabilidad, la responsabilidad social y la felicidad (Bar-On, 2006, p.18). Estos aspectos son especialmente importantes en el ámbito escolar pues ayudan al estudiante a enfrentar desafíos de manera más resiliente y desarrollar una autoestima positiva. Adicionalmente, se destaca que las emociones y la empatía son de suma importancia en el campo el desarrollo infantil y educativo, ya que el desarrollo de estas habilidades en el entorno escolar facilita a los niños una gestión emocional saludable que les permitirá desenvolverse de manera integral y armoniosa en su entorno social. (Steiner y Perry, 1998, p.67).

En las últimas décadas se ha explorado a fondo el campo de la inteligencia emocional y se han desarrollado diferentes teorías para explicar cómo las emociones impactan en nuestro

comportamiento, pensamientos y relaciones interpersonales; cada una de estas teorías ha surgido como respuesta a la necesidad de comprender mejor el papel fundamental que juegan las emociones en el desarrollo humano. Uno de los primeros enfoques destacados que definió la inteligencia emocional como la capacidad de procesar información emocional de manera eficiente, este enfoque se basa en cuatro habilidades diferentes: la percepción emocional, la facilitación del pensamiento emocional, la comprensión de las emociones y la regulación emocional (Mayer y Salovey, 1997, p.13). Desde esta perspectiva se entiende que las emociones van más allá de simplemente sentir, también desempeñan un papel fundamental en el proceso cognitivo al guiar el pensamiento racional y promover un juicio adecuado. A continuación, se detalla en la siguiente figura:

Figura 2

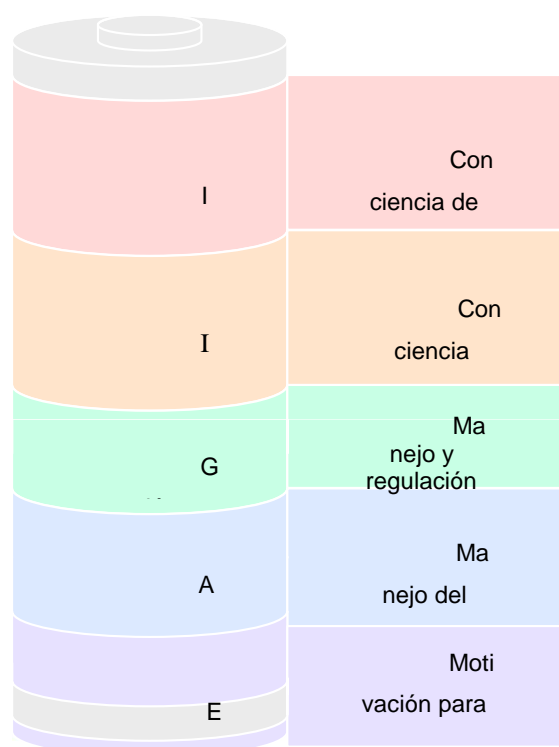
Habilidades en la Inteligencia Emocional



Otra propuesta muy conocida que presenta el concepto de inteligencia socioemocional en su modelo basado en 5 dimensiones fundamentales: intrapersonal, interpersonal, gestión del estrés, adaptabilidad y estado emocional general (Bar-On, 2006, p. 17). A diferencia del modelo anterior, esta teoría destaca las competencias no cognitivas que se requieren para enfrentar eficientemente los desafíos del entorno; desde esta perspectiva la inteligencia emocional no sólo facilita la comprensión de las emociones, sino que también se convierte en un conjunto de herramientas útiles para el día a día. En los contextos escolares permite entender cómo controlar el estrés y practicar la empatía o resolver problemas de manera pacífica lo que puede contribuir positivamente al ambiente escolar al minimizar conflictos y favorecer el desempeño académico de los estudiantes. En este sentido se presenta la siguiente representación visual:

Figura 3

Dimensiones de la inteligencia emocional

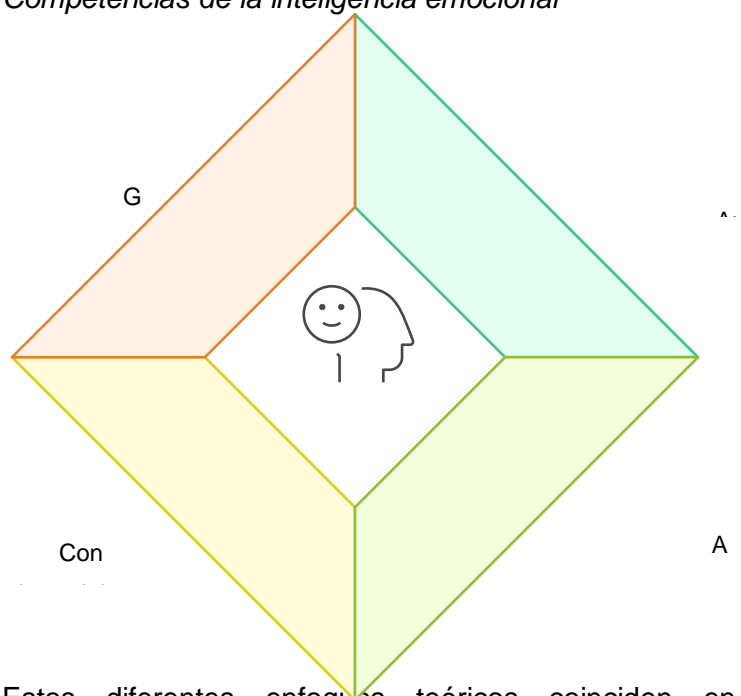


Por su parte, Goleman (2002, p.88) ha sido efectivo especialmente en el ámbito educativo y empresarial su modelo se compone de habilidades agrupadas en áreas como el autoconocimiento, la autorregulación, la conciencia social y la gestión de las relaciones. El autoconocimiento implica que el individuo pueda reconocer y comprender sus propias emociones, identificar fortalezas y debilidades personales, así como anticipar como esto podría impactar en su comportamiento. En el ámbito educativo, los estudiantes podrán tomar decisiones más conscientes y auténticas gracias a esta habilidad; por otra parte, la autorregulación se enfoca en la capacidad de controlar impulsos, mantener la calma bajo presión y adaptarse a cambios, lo que en el aula se refleja en un mejor manejo de conflictos, perseverancia frente a dificultades académicas y la construcción de un clima de respeto y confianza.

La conciencia social está relacionada con la empatía y la habilidad de reconocer las emociones de los demás, lo que fomenta la cooperación, inclusión y convivencia armónica entre estudiantes. La gestión de relaciones reúne las competencias para establecer vínculos positivos, comunicarse de forma efectiva, resolver disputas de manera constructiva y liderar mostrando sensibilidad hacia los otros. En los espacios escolares esta habilidad potencia el aprendizaje colaborativo, fortalece el trabajo en equipo y facilita la creación de comunidades escolares más solidarias. Por tanto, las cuatro dimensiones propuestas por Goleman no sólo se diferencian las competencias emocionales, sino que también demuestran cómo estas son esenciales para el desarrollo integral y éxito en la formación académica. En la siguiente figura se baraca las competencias de la inteligencia emocional

Figura 4

Competencias de la inteligencia emocional



Estos diferentes enfoques teóricos coinciden en la importancia de educar emocionalmente desde la infancia para formar personas competentes. Los autores sostienen que la inteligencia emocional se cultive y mejora mediante vivencias personales acompañadas de reflexión profunda. Por lo tanto, las instituciones educativas no deben limitarse únicamente impartir conocimientos académicos, también deben crear situaciones que fortalezcan tanto el intelecto como las habilidades emocionales. Comprender los conceptos de la inteligencia emocional brinda a los docentes la posibilidad de crear estrategias más eficientes que se ajusten a las emociones de sus alumnos y están enfocadas en una educación completa que va más allá del entorno escolar.

La escuela no sólo es un lugar para el crecimiento intelectual de los estudiantes, también es un espacio donde aprenden sobre convivencia y comunicación mientras desarrollan su identidad emocional. En esta dinámica educativa se destaca la importancia de enseñar a identificar y gestionar las emociones propias y la capacidad de empatizar con los demás. Para Velásquez et al., (2023) los entornos escolares no sólo promueven el desarrollo cognitivo, sino que también fomentan habilidades afectivas y sociales junto a valores morales (p. 13). Por ende, la educación emocional se vuelve fundamental en el proceso de formación, ya que las emociones tienen un impacto directo en la concentración, atención, memoria y toma de decisiones lo que las hace fundamentales en el proceso de aprendizaje.

Autores como Pérez y Filella (2019) argumentan que el fomento de habilidades emocionales en los estudiantes requiere entornos escolares que promuevan la seguridad emocional y valoran la expresión y la gestión de las emociones de manera adecuada (p. 28). Según esta perspectiva el rol del profesor resulta fundamental, puesto que no solo se limita a impartir conocimientos académicos, sino que también debe servir como modelo a seguir en cuanto a actitudes emocionales positivas y al desarrollo de relaciones fundamentadas en el respeto y la empatía. Desde este punto de vista, la educación emocional no se restringirá únicamente a momentos puntuales, sino que debería formar parte integral de todas las estrategias pedagógicas, como parte esencial en un ambiente escolar que fomente el bienestar emocional de todos los miembros de la comunidad educativa.

En este sentido, Bisquerra y Pérez (2007) plantean tres condiciones esenciales para promover el aprendizaje emocional en los centros escolares. Primero, que esto se configuren como comunidades de aprendizaje donde se integren aspectos académicos y emocionales de manera conjunta. Segundo, que los docentes cultiven su inteligencia emocional y tercero que las familias participen activamente en este proceso (p.73) Esta concepción reconoce que la

enseñanza de habilidades emocionales no sólo comprende al profesorado, sino que es un trabajo colectivo que demanda cohesión entre los diferentes agentes dentro del entorno del estudiante. Al reconocer y validar las emociones en el entorno escolar se crea un ambiente más positivo en el aula que reduce los conflictos y aumenta la motivación por el aprendizaje.

Por su parte, Degante (2024) precisa que la educación emocional es un aspecto comunicativo del crecimiento íntegro del individuo y destaca que educar en los emocional es educar para la vida real (p.186). Al instruir a los alumnos en la identificación de sus sentimientos, en controlarlos y en responder de forma selectiva cuando surjan complicaciones, se les proveerá una herramienta eficaz para manejarse en un entorno complejo y siempre cambiante. La educación básica primaria, es fundamental en el desarrollo de los niños, puesto que en este nivel se están formando su personalidad y relaciones sociales. Por eso es crucial que los maestros comprendan la importancia de la educación emocional y la incorporen de manera integral en sus actividades diarias para ayudar en la creación de individuos empáticos y conscientes de sí mismos.

Es innegable que la incorporación de la inteligencia emocional en las aulas educación básica primaria y resulta indispensable, si consideramos impacto directo tanto en el desempeño académico como en la convivencia escolar. El manejo apropiado de las emociones potencia la atención, la memoria y las habilidades de resolución del problema, lo cual se traduce en aprendizaje más profundo y significativos. Del mismo modo, un estudiante capaz de identificar y regular su emoción extenderá involucrarse de manera constructiva en el aula de clase, evitando de esta manera conductas disruptivas. Esto denota que la educación emocional no sólo mejora la calidad de los procesos de enseñanza y aprendizaje, sino que promueve un ambiente escolar más armónico donde las interacciones entre alumnos y docentes se fundamentan en el respeto y la cooperación mutua.

Por consiguiente, la inteligencia emocional constituye una habilidad esencial para todo profesor debido a su influencia directa en el desarrollo socioemocional de sus estudiantes. Los docentes capaces de autorregular sus propias emociones logran establecer vínculos más profundos con sus alumnos y crean ambientes de aprendizaje inspirados donde premian la empatía y la comprensión mutua. No obstante, cultivar las competencias emocionales requiere esfuerzo y compromiso continuo, puesto que sólo de este modo es posible enfrentar los inevitables desafíos del aula con flexibilidad y optimismo (Bolaño, 2024, p.55). En definitiva, fortalecer la inteligencia emocional entre profesores constituye una condición indispensable para formar nuevas generaciones comprometidas con el bienestar común.

La inteligencia emocional es fundamental en la atención a estudiantes que enfrentan problemas académicos, sociales o familiares. Frecuentemente, los niños que provienen de situaciones de vulnerabilidad tienen más dificultades para adaptarse al entorno escolar y obtener un rendimiento académico constante; por ello, abarca competencias como la adaptabilidad, el optimismo y la resiliencia, ayuda a los alumnos a superar estos déficits y a encarar los desafíos de forma positiva (Castillo, 2025, p.27). Entonces las habilidades emocionales mejoran la capacidad para manejar el estrés y fomentar un mayor bienestar personal, es decir, promover la inteligencia emocional en estudiantes va más allá de una simple estrategia de apoyo, debe ser una forma de promover la equidad en la educación asegurando que todos los niños tengan igual acceso a oportunidades de aprendizaje y desarrollo integral.

Un argumento muy relevante es que la inteligencia emocional representa un elemento fundamental para la educación cívica y el cambio social. En un país como Colombia, que enfrenta tensiones sociales y conflictos, las escuelas deben ser lugares que enseñen a resolver disputas de forma pacífica y a construir comunidades más solidarias. Fomentar habilidades como la empatía, el autocontrol y la resolución positiva de conflictos no es sólo ayuda al bienestar

personal, sino que también favorece el desarrollo de una cultura de paz. Por tal razón, la educación emocional debe ser incorporada en las instituciones educativas como parte de una comunidad de aprendizaje que incluye, docentes alumnos y familias (Bisquerra y Pérez, 2007 p.70) esto implica que promover la inteligencia emocional no sólo ayudará a elevar el rendimiento académico, sino que también preparará al estudiante para vivir en sociedad con responsabilidad y ética.

Propuesta

La idea central propone explicar la inteligencia emocional como un eje esencial del proceso de enseñanza aprendizaje en la educación básica primaria. Esto significa dar igual valor al desarrollo de las habilidades socioemocionales que a las cognitivas, debido a su impacto en cómo los estudiantes afrontan los retos de escolares, se relacionan con sus compañeros e identifica quiénes son. Desde esta perspectiva, es necesario la promoción de ambientes escolares que fortalezcan el autoconocimiento, la autorregulación, la empatía y la gestión de las relaciones interpersonales (Goleman 2020, p.91) habilidades que influyen en el éxito académico y social.

Es fundamental enfatizar que la creación de estos entornos se realiza mediante estrategia pedagógica específicas, por ejemplo, el autoconocimiento puede potenciarse a través de actividades de reflexión personal, diarios emocionales o dinámicas que ayuden a los estudiantes a reconocer sus puntos fuertes y áreas a mejorar. La autorregulación se promueve mediante ejercicios de respiración consciente, estrategia para resolver problemas y técnicas de manejo del estrés que se aplican en situaciones de alta exigencia académica. Mientras que la empatía se fomenta a través de actividades de juego de roles, discusiones guiadas y proyectos en grupo que requieren comprender las perspectivas del otro. La gestión de las relaciones interpersonales se apoya al establecer acuerdos en el aula mediaciones para resolver conflictos y hábitos de

comunicación asertiva. Así la institución educativa deja de ser un simple lugar de transmisión de conocimientos para convertirse en un ambiente que nutre el desarrollo emocional y social, pilares del éxito académico y de la convivencia pacífica.

Para el proceso de enseñanza sustentado en la educación emocional requiere pensar detenidamente cómo guiar a los estudiantes a conocer, expresar y controlar su sentimiento. Por tanto, cuando los alumnos aprenden a reconocer sus emociones son capaces de regularlas en momentos de conflicto, estrés o frustración. Esto contribuye a crear un ambiente de convivencia más equilibrado donde disminuyen las conductas problemáticas y hay mayor disposición para el aprendizaje. Además, expresar los sentimientos de manera adecuada a mejorar la comunicación entre compañeros y docentes, lo que favorece la empatía la solidaridad y la colaboración en el aula. Por último, el manejo de las emociones refuerza la atención y la habilidad para tomar decisiones, factores que afectan de manera directa a un aprendizaje significativo y autónomo.

En este sentido, se sugiere el uso de métodos dinámicos como juegos en equipo, dinámicas grupales, obras teatrales, análisis de situaciones cotidianas y conversaciones reflexivas. Por ende, la implementación de actividades lúdicas e interactivas estimulan la motivación intrínseca y permiten que los estudiantes se involucren emocionalmente en su propio camino formativo, generando aprendizajes significativos y duraderos (Dinello, 2006 p. 71). Estas ayudarán a los alumnos a descubrir en experiencias concretas el valor de la empatía, la solidaridad y la resiliencia. De esta manera, la inteligencia emocional se transforma en un aprendizaje transversal, que acompaña todas las asignaturas y que potencia tanto el progreso escolar como el desarrollo personal.

Otro componente clave de la propuesta es capacitar constantemente a los docentes, quienes requieren herramientas tanto teóricas como prácticas para liderar de manera efectiva la educación emocional; es por ello, que un maestro emocionalmente competente no solo transfiere

conocimiento, sino que también se comporta como un modelo de regulación y empatía para sus estudiantes (Samayoa y Márquez, 2012 p.12). Por tanto, es necesario el diseño de programas de capacitación docente que fortalezcan el autoconocimiento, la autorregulación, el trabajo en equipo y la creación de entornos seguros desde el punto de vista emocional. Además, la capacitación del profesorado en competencias emocionales es primordial para transformar las dinámicas escolares y consolidar una enseñanza integral, es decir, capacitar al docente en inteligencia emocional garantiza que se pueda guiar en desarrollo integral en sus estudiantes.

Finalmente, la propuesta contempla la participación activa de la familia y de toda la comunidad educativa, reconociendo que la inteligencia emocional se construye en interacción con el entorno cercano al estudiante; de allí la importancia de generar espacios de colaboración entre la escuela y los padres de familia, a fin de consolidar un lenguaje emocional compartido que refuerce los aprendizajes adquiridos en el aula (Pérez y Filella, 2019 p.41). Por consiguiente, se sugiere, implementar talleres, encuentros y actividades conjuntas donde se fortalezcan valores como la comunicación empática y la resolución pacífica de conflictos. Se configura la cultura educativa centrada en lo humano, en la que cada actor asume un rol corresponsable, busca garantizar que la inteligencia emocional no sea vista como un añadido ocasional, sino como un componente orgánico del proceso formativo, capaz de transformar la escuela y proyectarla hacia una sociedad más justa.

Para gestionar los requisitos esenciales que permitan integrar la inteligencia emocional en el salón de clases, es crucial asegurar una capacitación continua para los docentes en educación emocional, contar con espacios físicos y tiempos pedagógicos apropiados para la realización de talleres, y disponer de materiales didácticos y recursos metodológicos que promuevan el trabajo emocional. También es necesario un compromiso por parte de la institución que apoya estas actividades dentro del currículo y la planificación escolar, de modo que no estén

basadas en iniciativas aisladas. Así, se garantiza la sostenibilidad de la propuesta y se brinda a los estudiantes un ambiente en el que las habilidades emocionales no solo se enseñan, sino que se practican diariamente en el aula.

Conclusiones

La introducción de la inteligencia emocional en el nivel de básica primaria destaca su relevancia como una herramienta versátil que va más allá de lo emocional y se convierte en un elemento esencial para el desarrollo cognoscitivo y social del alumno. De acuerdo con Mayer y Salovey (1997) esta destreza permite a los estudiantes entender y manejar de manera adecuada sus sentimientos, establecer relaciones saludables y tomar decisiones bien fundamentadas que inciden directamente en su bienestar y su rendimiento académico. Por ende, resulta crucial incorporar estrategias pedagógicas basadas en la inteligencia emocional que vayan de la mano con la práctica pedagógica del docente, en lugar de relegarla a un aspecto periférico o implícito en su actuar pedagógico.

Al analizar las distintas teorías descritas sobre inteligencia emocional (Mayer y Salovey, Bar-On y Goleman) Se puede apreciar la complementariedad entre ellas, es decir, cada uno ofrece una mirada única sobre la compleja naturaleza emocional humana y brinda aspectos valiosos para su integración en el ámbito educativo. No obstante, se subraya una limitación importante, aunque los marcos teóricos estén bien fundamentados, no se reflejan claramente en prácticas pedagógicas consistentes, ni en criterios de evaluación emocional que orienten la labor pedagógica. Estas circunstancias podrían llevar a que la inteligencia emocional se quede en un ámbito puramente teórico, sin ser aplicada de manera concreta para satisfacer las exigencias del entorno educativo.

Por ello, en el ámbito del proceso enseñanza de las emociones es de suma importancia crear entornos emocionales seguros para un aprendizaje completo (Pérez y Filella, 2019). El aula

de clases debe ser considerado un lugar óptimo donde no sólo se impartan conocimientos académicos, sino también para inculcar valores como la empatía y la autorregulación. Sin embargo, la carencia de capacitación en inteligencia emocional entre los profesores y la falta de coordinación adecuada con los padres de familia y acudientes puede disminuir el impacto positivo de cualquier esfuerzo individual. Por tanto, es esencial crear procedimientos institucionales que incorporen la inteligencia emocional en la administración escolar, en los planes educativos y en las aulas de clase.

En función de lo anterior, la idea de implementar una propuesta basada en estrategias pedagógicas como medio para conectar las emociones planteadas por los diferentes enfoques teóricos resultaría una opción factible ante la situación identificada. No obstante, esto demandaría un compromiso por parte de las instituciones educativas, una capacitación adecuada para los profesores, padres y acudientes sustentado en un respaldo continuo. Todo ello, permitiría que surgieran las siguientes interrogantes: ¿Cómo medir los progresos de inteligencia emocional de forma precisa y empática? ¿Cómo influye el liderazgo del rector en la promoción de una cultura escolar emocionalmente positiva y equilibrada? Estos cuestionamientos permitirán continuar explorando y ampliando nuestro entendimiento sobre un aspecto tan importante como lo es el crecimiento emocional en los entornos educativos.

Referencias

- Bar-On, R. (2006). *El modelo Bar-On de inteligencia emocional-social (IEE)*. *Psicothema*, 18, supl, 13-25. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4679040>
- Bisquerra, R., y Pérez, N. (2007). *Las competencias emocionales*. *Educación XX1*, 10, 61-82. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70601005>
- Bolaño, B. (2024). *Aproximación teórica basada en la percepción del docente sobre la inteligencia emocional en procesos de formación de los estudiantes de educación básica en San Juan del Cesar*. [Trabajo de Grado, Universidad Pedagógica Experimental Libertador]. <https://espacio.digital.upel.edu.ve/index.php/TD/article/view/1817/1711>
- Bracamontes, E., Jiménez, I., y Vázquez, G. (2024). *Avances y desafíos de la educación emocional en la educación superior: una revisión documental*. *IE Revista de Investigación Educativa De La REDIECH*, 15, e1924. https://doi.org/10.33010/ie_rie_rediech.v15i0.1924
- Castillo, L. (2025). *La inteligencia emocional: un aporte para el aprendizaje significativo de la matemáticas de los estudiantes de inclusión en básica primaria*. [Trabajo de Grado, Universidad Pedagógica Experimental Libertador]. <https://espacio.digital.upel.edu.ve/index.php/TD/article/view/1962/1855>
- Degante, M. (2024). *Es fundamental la educación emocional en los docentes de nivel medio superior de la benemérita universidad autónoma de puebla*. *Desafíos Educativos – REDECI*. (7), 3, 184-192 <https://revista.ciinsev.com/assets/pdf/revistas/REVISTA14.5/17.pdf#:~:text=En%20el%20contexto%20educativo%2C%20la%20teor%C3%ADa%20de,y%20promover%20un%20ambiente%20de%20aprendizaje%20enriquecedor.>
- Dinello, R. (2006). *La Actividad lúdica y ludopatías actuales*. *Revista Internacional del Magisterio*. Editorial Magisterio. <https://bibliotecadigital.magisterio.co/libro/ludocreatividad-y-educaci-n>
- Goleman, D. (2002). *La inteligencia emocional*. Ediciones Vergara. México

- Machado, Y. (2022). *Origen y evolución de la educación emocional. Alternancia*. Revista de Educación e Investigación, (4), 6, 35–47.
<https://revistaalternancia.org/index.php/alternancia/article/download/819/2073/4163>
- Mayer, J. y Salovey, P. (1997). *Inteligencia emocional y la regulación de las emociones*. Editorial Trillas. México.
- Pérez, N., y Filella, G. (2019). *Educación emocional para el desarrollo de competencias emocionales en niños y adolescentes*. Praxis & Saber, 10(24), 23-44.
<https://doi.org/10.19053/22160159.v10.n25.2019.8941>
- Samayoa, M., y Márquez, Y. (2012). *¿Qué es la inteligencia emocional?* Revista Savia (1), 10-15.
- Steiner, V. y Perry, R. (1998). *La educación emocional*. Editor Javier Vergara. Buenos Aires. Argentina
- Sternberg, R. (1985). *Más allá del coeficiente intelectual. Una teoría triárquica de la inteligencia humana*. University Press.
- Velásquez, Y., Rose, Ch., Oquendo, Eulalio., y Cervera, N. (2023). *Inteligencia emocional, motivación y desarrollo cognitivo en estudiantes*. Cienciamatria. Revista Interdisciplinaria de Humanidades, Educación, Ciencia y Tecnología, 9(17), 4-35.
<https://doi.org/10.35381/cm.v9i17.1120>